



FRANÇOIS DOSSE

**Michel de Certeau.
El caminante herido**

*Traducción de Claudia Mascarua,
Universidad Iberoamericana, México D.F.,
2007, 635 pp. (Michel de Certeau: Le
marcheur blessé, Éditions Le Découverte,
2002)*

François Dosse se ha esforzado en los últimos años por elaborar una historia del pensamiento francés, presentando visiones de distinta amplitud: con un objeto muy delimitado en *La historia en migajas* sobre la revista *Annales*; con un ambicioso vuelo de pájaro en su amplia *Historia del estructuralismo* en dos tomos; o, como en el caso que nos ocupa, con una biografía. Este género histórico aparece en sus manos como un redescubrimiento para la historia francesa. La biografía es eludida a través del periplo “annalítico”, que desde Febvre y Bloch hasta Le Roy Ladurie, pasando por Braudel, desecha la atención a los acontecimientos concretos —entiéndanse así también la vida de personas concretas— para centrarse cada vez más en los estudios de larga duración, y especialmente en las repeticiones que se dan en ese tiempo largo.

“Lo que yo hago va contra la libertad humana.” Esta sentencia de Braudel, y las exageraciones de quienes detrás de él han persistido en hacer una historia estructuralista, antropológica, pero en la que el Hombre no tiene espacio, es el enemigo a combatir en la obra de Dosse. Su apuesta por la biografía, sobre la que reflexiona en *Le pari biographique. Écrire une vie*. (La Découverte, 2005) —cuya traducción castellana ha publicado la Universidad de Valencia—, se hace realidad en los estu-

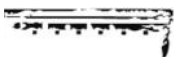
dios que ha dedicado a Paul Ricoeur, a Gilles Deleuze y Felix Guattari, o en este caso a Michel de Certeau.

El mayor mérito de esta traducción está en la presentación accesible de la figura de un autor casi desconocido en España, al que se han aproximado bastante más en Latinoamérica. De hecho esta traducción castellana la publica la Universidad Iberoamericana, propiedad de la Compañía de Jesús, cuyo Departamento de Historia ha traducido y publicado una gran parte de las obras de Michel de Certeau. La figura de este pensador jesuita tiene la profundidad suficiente como para servir de crisol en el que todas las investigaciones previas de Dosse puedan mezclarse. El resultado, más que una biografía al uso, es un texto denso y rico en matices, que puede llegar incluso a parecer excesivamente largo y prolijo. La obra de Dosse podría leerse en su país —y creo que de ahí el interés por el detalle que manifiesta el autor— como una miniatura en el encabezamiento del enorme libro del pensamiento francés del siglo XX. Entre nosotros esta obra puede hacer las veces de introducción a ese vastísimo campo, a la vez que nos presenta a uno de sus hijos más inclasificables.

Cómo si pudiésemos reducir 635 páginas a tres o cuatro, y con el ánimo de situar al lector ante la figura que centra el interés de Dosse, diremos que Michel de Certeau nació en Chambéry (Saboya) en 1925, primogénito de una familia de cuatro hermanos. En su entorno familiar vivirá una marcada religiosidad católica tradicionalista y un nivel de vida elevado, así como la presencia de un padre autoritario y rígido. Interno desde muy niño en un colegio religioso, vislumbra con claridad su vocación sacerdotal en torno a los 14 años. En 1944 ingresa en el seminario de Saint-Sulpice en Issy-les-Molineaux. Durante los años siguientes proseguirá su formación en este centro y en el seminario de Lyon, hasta decidirse, en el año 1950, a ingresar en la Compañía de Jesús. Certeau es ya licenciado en Teología y subdiácono. Durante los seis años siguientes afronta, bajo la sombra de Henri de Lubac, S.I., la formación específica de la orden jesuítica y finalmente es ordenado sacerdote en 1956.

A partir de este momento, tras una amplísima formación: lenguas clásicas, historia, filosofía y teología, Certeau se dedica al estudio de los primeros miembros de la Compañía de Jesús por encargo de sus superiores. Su edición de *El Memorial de Pierre Favre*, fruto de esta aproximación a la espiritualidad de los primeros jesuitas, le sirve para obtener el doctorado en Ciencias de la Religión en la Sorbona en 1960, bajo la dirección de Henri Gouhier. Convertido en un importante erudito, en esta faceta que inicia como historiador de la mística y de la religión en general, Certeau muestra una fuerte conexión con Jean Orcibal —con quién había preparado su doctorado—. La convicción de la importancia del texto en sí como fuente desde la que poder realizar un discurso histórico riguroso, no abandonará a Certeau tras el paso por el seminario de Orcibal.

A la vez que prepara su edición del *Memorial Favre*, Certeau realiza sus primeros contactos con la figura y la obra de Jean-Joseph Surin —que se convertirá en el “guardián” místico de su puerta de acceso al conocimiento de Dios— de quien editará *Guía espiritual de Jean-Joseph Surin* en 1963, y en 1966 *Correspondencia de Jean-Joseph Surin*. Pese a la fecundidad de su esfuerzo intelectual, y a pesar de ser reconocido como un erudito en este campo de la historia religiosa, en sus obras aparece un concepto de historiografía por el que a su autor “se le reprocha relativizar la noción de verdad, poner en duda la objetividad de las instituciones del conocimiento, subrayar el peso de las dependencias y las connivencias jerárquicas y, finalmente, dudar de los modelos aprobados que han dado prestigio a la escuela francesa de historia.” Ya desde el



LIBROS



FRANÇOIS DOSSE
Michel de Certeau.
El caminante herido

comienzo de su carrera encuentra una seria dificultad en su relación tanto con las instituciones, como con los estudiosos que se consideran sus garantes.

Progresivamente inmerso en la antropología, la sociología, la semiótica y el psicoanálisis, Certeau está vinculado a la teoría psicoanalítica tan estrechamente como para participar en la fundación de la Escuela freudiana de París junto a Jacques Lacan en 1964. Será miembro de esta hasta su disolución en 1980 por decisión del mismo Lacan. Certeau vivirá en este trance un enfrentamiento importante con la “ortodoxia” lacaniana al negarse a secundar el cierre dictatorial de la Escuela por parte del fundador, interponiendo junto a otros miembros un recurso judicial al cierre. A pesar de su formación en psicoanálisis, no ejerció como psicoanalista por su propio deseo. Y, aunque la presencia de la obra de Freud y de Lacan en sus textos es una de las más importantes, mantuvo, dentro del círculo de los analistas, su identidad como historiador. *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción* es la obra póstuma en la que se muestran, en una serie de artículos, los vínculos fundamentales entre dos de sus grandes pasiones.

De Pierre Favre a Surin, la pista de este último le llevaría a la reconstrucción en *La posesión de Loudun*, publicada en 1970, de los hechos acaecidos en Loudun en el siglo XVII. Allí, entre 1632 y 1635, Surin participó como exorcista en un complejo proceso de posesión en un convento de ursulinas. Certeau presenta aquí el conflicto entre los distintos órdenes en conflicto en ese momento —religioso, político, social— como la escenificación de un teatro, en la que médicos, magistrados y clérigos se disputan la capacidad para afirmar lo real. Esta obra genera un importante reconocimiento en torno a Certeau, aunque será una obra de carácter mucho más teórico la que le consolide como un importante historiador: *La escritura de la historia*, publicada en 1975. En ella Certeau realiza preguntas fundamentales en torno a la capacidad de la ciencia histórica para armonizar el decir y el hacer, construyendo un estudio de epistemología realmente novedoso y profundo.

Sin embargo, y a pesar de todo este trabajo, su figura cobra especial relevancia a consecuencia de los acontecimientos de Mayo de 1968. Una serie de artículos publicados desde junio de ese mismo año en *Etudes* y en *Esprit* lo convierten en un intelectual de referencia, con consigna propia: “En Mayo de 1968, se tomó la palabra como en 1789 se tomó la Bastilla”. En sus artículos, Certeau analiza el momento convulso que envuelve a Francia, mostrando una agudeza y una capacidad de comprensión fuera de lo normal. Los textos están recogidos en *La*

toma de la palabra, donde su pregunta esencial toma cuerpo: “¿Cómo crearse?”, frente a lo que hasta ese momento había sido “¿crear qué y cómo?”.

Ya muy conocido, y considerado un referente en cuanto a la comprensión de los fenómenos sociales, los responsables del área de cultura del gobierno francés le tendrán muy en cuenta para la reestructuración del sistema universitario en el verano de 1968. Publica también en la década siguiente *La cultura en plural*, que recoge las ponencias que Certeau realiza en el coloquio internacional de *Arc-et-Senans*, donde se debía definir una política europea de cultura entre los Ministros de Cultura de la entonces Comunidad Económica Europea. De esta época surge uno de sus trabajos principales, por el que es conocido y admirado en el ámbito del análisis social y, especialmente, de los Estudios Culturales: *La invención de lo cotidiano. I. Artes de hacer*. Esta obra forma el eje central de una investigación grupal sobre las prácticas sociales, encargada por un órgano dependiente de la Secretaría de Estado para la Cultura, donde se consolida el estudio de un dominio ya descrito anteriormente, el que “se ocupará de las operaciones culturales que son movimientos y cuyas trayectorias no indeterminadas sino insospechables, constituyen ese algo del cual deben estudiarse su formalidad y las modalidades para darles un estado de inteligibilidad”.

En los últimos setenta cambió su Francia natal por California, donde impartió clases durante unos años que fueron el germen de la amplia recepción norteamericana de su pensamiento.

Esta fuerte vinculación de su persona y su obra con la historia, el análisis social e incluso con lo *político*, entendido en un sentido amplio, no serviría —por sí sola— para describir de forma ecuánime a Michel de Certeau. Además de un permanente suelo filosófico, el aspecto religioso también ocupa un lugar central en este pequeño cuadro biográfico. Ni en su vida, ni en su obra, desaparece la centralidad de lo religioso ni lo específico de la herencia de la Compañía de Jesús —pese a las dificultades que encontró siempre en su pertenencia a la misma—. Su *opera magna* es *La fábula mística*, dedicada a la mística de los siglos XVI y XVII, que viene a concluir su ya larga trayectoria de estudios como historiador de la religión y en particular de la mística. También dentro del estudio del ser cristiano son destacables, *La debilidad de creer*, obra en la que se recopilan póstumamente artículos dispersos; *El lugar del otro. Historia religiosa y mística*, una nueva recopilación de artículos sobre historia y mística que acaba de aparecer, y sobre todo, *El estallido del cristianismo*, en el que se recoge un debate radiotransmitido entre Michel de Certeau y Jean-Marie Domenach sobre el cristianismo. Este debate supuso una fuerte revulsión en el ambiente católico francés y muchas dificultades para nuestro autor. Tanto en ese momento como en nuestros días no pocos le identifican como un personaje ambiguo, cercano a la heterodoxia en más de un punto.

Michel de Certeau murió en París en 1986 como consecuencia de un cáncer de páncreas, arropado por una multitud contradictoria, representación eficaz si cabe de su peregrinación por la vida cultural de la segunda mitad del siglo XX. Así, podría describirse acertadamente su posición vital y teórica como la de un peregrino —*Wandersmann* cómo usaría en *La fábula mística*, o *Staretz* en *La debilidad de creer*—, ya que se movió durante toda su vida de un campo a otro, evitando declarar su pertenencia exclusiva a tal o cual grupo o disciplina y demostrando una competencia excepcional en los diferentes ámbitos en los que participó.

Como puede verse las facetas del biografiado son de tal variedad y magnitud que es realmente difícil realizar una composición equilibrada de su vida. Creo que Dosse lo consigue,

LIBROS



FRANÇOIS DOSSE
Michel de Certeau.
El caminante herido

aunque, en mi opinión, una de las pocas carencias que lastran *El caminante herido* es cierta falta de tensión en la dimensión religiosa del biografiado. El desenvolverse de Certeau en el entorno de *Annales* y el estructuralismo es concienzudamente rastreado, pero resulta extraño no encontrar una referencia de más peso al mundo teológico —en el más amplio sentido del término— del que proviene el autor y que nunca abandonará, sobre todo en una obra de tanta extensión. Pequeños errores pueden delatar una insuficiente atención a la teología en el conjunto de la obra. Así, por ejemplo, aparecen únicamente dos referencias a Yves Congar, O.P., en todo el texto, sin aparecer, no obstante, en el índice onomástico. Certeau cita a Congar varias veces en *La fábula mística*, lo que implica que conocía y apreciaba —al menos en parte— su obra. Aunque es evidente que sus teologías son realmente distintas, sorprende que, según la biografía que reseñamos, ambos autores no tengan ninguna relación de interés.

No se puede pedir a Dosse que, además del magnífico ejercicio que supone situar a Certeau en el conjunto del mundo intelectual francés, haga otro paralelo para situarlo, con la misma profundidad, en el transcurrir del pensamiento teológico y la vida eclesial del siglo XX. Su biografía será, sin duda, un principio de gran utilidad para aquel que se decida a construir esa otra parte de la historia de Michel de Certeau.

Juan Diego González Sanz